

El niño Juanito.

Samont H.



Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: **La probabilidad, el albedrío o las barajas.**

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

Escena: El niño Juanito.

He llegado al convencimiento que lo que es la realidad, en sí, encierra todo un enigma, un inquieto y terrorífico enigma por nuestro despiadado intento de interpretarlo todo como si hubiera una verdad racional. Sin embargo, por más conocimiento racional que adquiramos hay cosas que habitan en el limbo del misterio. A una semana de regresarse mi madre al Callao, cuando se quedó conmigo por lo de la mujer sobre la luna, tuve mi primer encuentro con Juanito. Estaba a punto de dormirme, enredado en las sábanas con mi pijama veraniego. Las cortinas transparentes se agitaban al compás del cálido nocturno que soplaba por un abierto de la ventana. El albor lunar imprimía una visibilidad suficiente en la habitación. No solía asustarme cuando entraba una bocanada de aire, pero aquellos efluvios asemejaban al que me lanzó la mujer sobre la luna. Ese aroma se concentró en el fondo de mis fosas nasales, erizando mis pueriles vellosidades. «No tengas miedo, Gabriel», era la voz de mi madre en mi conciencia y se desvaneció mi temor. Aun así, no me atrevía a cerrar del todo la ventana. En esa misma posición, tendido de espaldas y con las sabanas hasta el cuello esperaba despertarme por la mañana. Cerré los ojos para no querer ver lo que se me estaba dado a ver esa noche porque la cortina se agitaba más de lo normal. Respiré hondo y abrí los ojos y vi a un niño sentado en la silla de mi escritorio.

Mi madre me había contado, en uno de los días que la gocé por entero, sentados en un banco en la orilla de la playa frente al mar, que de niña se levantó de su cama para ir al urinario en uno de esos vecindarios donde había un solo baño para todas las familias. En la fuente del centro de la vecindad vio a su madre echándose agua al pelo. Se asustó porque una aureola de luz envolvía su silueta. Así que no le preguntó que qué hacía allí. Volvió disparada a su cama sin cruzar la fuente para llegar al baño y se meó en la cama. A la mañana siguiente, en el desayuno, ella le quiso preguntar que qué hacía en la fuente a altas horas de la noche, pero mi abuela materna se le adelantó diciendo «habré tenido harto calor esta noche que he soñado que me mojaba el pelo en la fuente». Mi madre entre cortada le expuso, «¡pero, si te he...!», no terminando la frase. «¿Te he qué, niña?, dime», «No, mamá. Nada.»

Para Amanda no existían las almas o entes espirituales, pensar en ello «son simples cojudeces». Esas ideas me las fue metiendo de a pocos

desde muy inocente: «son pérdida de tiempo».

—¿La mujer sobre la luna? Pero si los fantasmas no existen, hijo. Tenías sueño y lo imaginaste, eso es todo, ¿estamos de acuerdo?

Eso explicó un día entre enojada, luego de irse mi madre al Callao a los pocos días.

—Sí abuelita —respondí, como cerrando el tema.

Mi madre, por su parte, tenía una explicación creyente. Ella mismo me lo dijo en el banco del malecón que a mí se me estaba dando a ver cosas espirituales, al igual que ella.

—Hijo, tú eres un elegido, Dios te revela otra realidad, al igual que a mí. Tú tienes ojos para ver eso que no pueden ver los demás. Tú tienes un sexto sentido.

Según mi madre, eran almas buenas que me habían escogido para protegerme. Por eso vi a esa mujer en el patio.

—¿Qué es sexto sentido, mamá?

—¡A ver!, ¿cómo te lo explico? Es ver cosas como esa mujer en el patio u otros seres que ya no están en esta tierra; predecirás el futuro y el engaño, pero no hay que tener miedo.

—Mamá, ¿entonces se me puede aparecer el abuelo que nunca conocí?

Me refería a mi abuelo paterno.

—Sí, es posible, pero quizá otros seres. Hijo, en un pasaje de la Biblia dice que el polvo del cuerpo vuelve a la tierra que es de dónde provino, y el espíritu vuelve al Dios verdadero que lo dio. Nosotros fuimos hechos semejantes a Dios, con polvo de tierra. Como si amasara una plastilina, pero la plastilina es tierra ¿Me entiendes, Gabriel?

—Si mamá —reafirmé con mi cabecita.

—Entonces, cuando el espíritu o energía abandona un cuerpo, cuando uno muere, ese espíritu regresa a su origen que es Dios. Pero, si por alguna razón que desconocemos, ese ente no vuelve a Dios, es porque tendrá que cumplir alguna misión en la tierra: en tu caso, por ejemplo, es para protegerte. Así que no tengas nunca miedo si vuelves a ver a esa mujer de la luna o a otros espíritus: tú solo los verás, porque te han elegido para protegerte. ¿Estamos de acuerdo hijo? Tú eres un elegido.

—Si mamita. ¿Pero, por qué yo?

—¿Sabes por qué cielito lindo, mi clarito de luna? —inclinó su dorso hasta mi altura. Sus palmas fueron a mis mejillas—, porque tú eres otro angelito, tú eres otro espíritu bueno que está de casualidad sobre esta tierra y los angelitos solo se comunican con otros angelitos como tú. ¿Me entiendes precioso?

Mamá desprendía candor cuando me hablaba. Aprendí a sentir sus sentimientos tan solo mirándola, sus ojos sublimaban paz y protección.

—Sí, pero yo tengo cuerpo, yo no estoy muerto.

—No digas eso —cerró sus ojos para abrirlo de inmediato, cubrió mis labios con una palma, la otra sujetaba mi nuca—. Jamás vuelvas a decir eso, ¿me lo juras?

Apenas confirmé con mi cabecita atenazada. Si no podía hablar.

Con Amanda, aprendí a callar. Si no me creía lo de la mujer sobre la luna, tampoco lo haría con Juanito. Nunca le conté lo del niño. Estaba seguro de que se molestaría e insultaría las razones de mi madre, mejor dicho, la despreciaría. Así que mi secreto quedó en mí para proteger a mamá porque la adoraba.

El niño debía tener mi edad, unos seis años, porque sentado, sobre la silla alta, sus pies apenas llegaban al suelo, como los míos. Parecía estar escribiendo algo sobre un papel. Se incorporó, corrió las cortinas y se dispuso frente a la ventana como mirando la inmensidad del mar. Cerré los ojos otra vez y me distraje pensando en lo que si veía era real. Quizá soñaba. Ya no tenía miedo. Los abrí otra vez. Vestía pantalones vaqueros, un polo, zapatillas y gorra del mismo color, serían naranja. Levantó su mirada. Intuí que veía a la luna. Seguro arriba se encontraba la mujer que vi en el cumpleaños de mi padre. ¿Sería su madre?, porque había cierta mansedumbre en su esmero como la que proporciona la mirada tierna hacia una madre. A ratos el aire seguía envistiéndolo, pero él impávido no modificaba su postura. Di un respingo cuando volvió a la silla para sentarse mirando hacia mi cama. Volví a estar sereno. Aún con la escasa luz me concentré en verle el rostro, para ver si daba más de sí, pero cada vez que coincidíamos con la mirada él no salía de su docilidad, lo cual me produjo más confianza. Su carita redonda, sus cejitas pobladas, de tez clara. Daba la impresión de estar viendo cosas que no estaban en mi habitación. Me di cuenta que nuestros cruces ocasionales de miradas eran solo eso, ocasionales, que él no quería verme en realidad, lo cual llegó a irritarme. Llega un fantasma a mi habitación y encima ni me mira, ni me habla. Entonces decidí hablarle.

—¿Cómo te llamas?